

Infeliz Navidad

(Primera parte)

Una novela de Miguel Campion

Índice

Infeliz Navidad (Primera parte)

Capítulo 1. Un asiento vacío

Capítulo 2. Un encuentro de altos vuelos

Capítulo 3. Una sorpresa matrimonial

Infeliz Navidad (Primera parte)

Capítulo 1. Un asiento vacío

Natalia Velázquez miró al asiento vacío que había a su lado en el avión y visualizó a su marido. Ojalá estuviera sentado aquí, a mi lado, como siempre que íbamos de viaje, pensó. Pero si Miguel estuviera sentado aquí, yo no estaría volando para reencontrarme con él, emocionada como una colegiala yendo a su primer baile.

Realmente, no nos damos cuenta de que apreciamos algo hasta que lo empezamos a echar en falta. Natalia, después de haberse pasado toda su vida sin dar importancia a la Navidad, aquella mañana pateaba con impaciencia pueril, como queriendo empujar al avión con la fuerza de su anhelo, como queriendo empujar esa madrugada entre el veintitrés y el veinticuatro de diciembre, deseosa de que se consumiera ese día de espera inútil.

Se moría de ganas de caminar bajo las luces navideñas de Madrid. ¡Cualquiera que la viera! Una mujer hecha y derecha, treinta y bastantes años, resultona, morena de piel, pelo negro, elegante, profesional, riendo sola, como una tonta, sentada en el avión que la llevaba, por encima del frío Atlántico, hacia su ciudad añorada. Madrid esperaba a Natalia engalanada de luces y gentes. Su marido Miguel la esperaba allí también.

¿Quién dice que la distancia es el olvido? Ya se encarga el bolero de desmentirlo, pero Natalia quería corroborarlo con la elocuencia verde de sus ojos brillantes como luceros. Tres años lejos de Miguel, una Navidad sin Miguel, una vida entera sin Miguel. Nunca había dudado respecto de su amor por Miguel, pero es que Miguel, Miguel, ¿qué más podía decir de Miguel si no dejaba de musitar su nombre entre los dientes alborozados? Miguel, su marido, era su razón para vivir.

Miguel Mansilla, ginecólogo de gran predicamento entre la clase media–alta madrileña, era también, además de su marido, el gran amor de su vida. Era guapo, considerado, sensible, comprensivo, tierno, sincero, y era suyo, completamente suyo. Por sus manos pasaban las ingles de cientos de damas, pero con cuán estremecida exclusividad se entregaban al sexo de su mujer solo ella misma lo sabía.

Natalia ahogó una carcajada histérica y cruzó las piernas con nerviosismo. Luego, se abanicó, sonrosada, ignorando las miradas torvas que sus compañeros de viaje de primera clase le lanzaban de soslayo. ¡Cómo deseaba oler el aroma inconfundible de Miguel entre las sábanas de su lecho conyugal!

Ya se lo había dicho su amiga Verónica:

– Con un canto en los dientes te tendrías que dar por haberte casado con él.

No solo lo decía por lo guapo que era Miguel, no, que lo era según la opinión del noventa por ciento de las mujeres, sino porque no cualquier marido habría aceptado con tanta naturalidad como él la decisión que Natalia había tomado hacía ya tres años.

Desde el día en que decidió ser periodista, Natalia Velázquez había soñado con una oportunidad como esa. Llevaba diez años trabajando en televisión y ya era conocida entre sus colegas, pero no se imaginaba que su momento soñado llegaría tan pronto. Acababa de regresar de su veraneo y recibió la propuesta. Tenía tres días para aceptar o rechazar una corresponsalía en Estados Unidos. Lo primero que hizo fue pensar en Miguel. Éste le clavó sus ojos color miel oscura y le dijo:

– Ni se te ocurra renunciar al puesto.

– Es que Estados Unidos...

– Siempre has deseado ser corresponsal en algún lugar importante.

– Pero Washington está tan lejos...

– Está todo lo cerca que queramos. Además, no admito discusión sobre este punto. No soportaría verte frustrada cerca de mí mientras los dos sabemos que podrías haber sido

corresponsal en Washington. Lo hemos hablado mil veces antes, Natalia. Ni tú ni yo debemos renunciar a promocionarnos en nuestra profesión por un sentimentalismo mal entendido. Nos apañaremos, ya verás.

Miguel tenía razón. ¿Por qué iba a tener que renunciar ella a su trabajo en Washington si él no iba a renunciar a su consulta en Madrid? Natalia sabía que Miguel era feliz con su creciente y contenta clientela; Miguel sabía que Natalia era feliz haciendo su crónica lejana desde el centro de poder más importante del mundo. Miguel le prometió que volaría a reunirse con ella tantos fines de semana como le fuera posible. Su desahogada economía les permitiría tal privilegio, y así lo hicieron durante los primeros meses.

Pero pronto surgieron los inconvenientes. Congresos médicos, compromisos sociales, incompatibilidad de horarios... Un fin de semana, Miguel estuvo bebiendo solo en el apartamento de Natalia en Washington mientras ella cubría no se sabe qué absurda conferencia internacional. La primera discusión telefónica que tuvieron, ella en América, él en Europa, fue la discusión más dolorosa y triste de cuantas había tenido el matrimonio. Ella se embalsamó en whisky escocés en Washington; él, en Madrid.

El whisky escocés que antes, bebiéndolo juntos, les llenaba de vida, en soledad les llenaba de dolor. La misma bebida, aquella marca carísima de escocés con resonancias a lagos perdidos de las tierras altas, venados solitarios y misterios legendarios, que a Miguel le sabía a Natalia y a Natalia le sabía a Miguel, les hizo mantener la ilusión de estar unidos. Natalia daba un sorbo, cerraba los ojos y casi sentía a Miguel dentro de su boca, amante, rubio, delicioso.

Cuando Miguel tuvo por fin la oportunidad de viajar a Estados Unidos, se amaron con más ansiedad que gozo, una vez y otra, y otra vez más, hasta que no les quedaron fuerzas para pensar ni para lamentarse, ni para decirse nada. Miguel tomó el avión de vuelta a Madrid, y Natalia permaneció toda la noche en vela oliendo su aroma en las sábanas de su cama americana. Más de mes y medio tuvo que esperar para volver a verle, tocarle y

olerle y cuanto más tiempo pasaba entre visita y visita, más fuerte y desesperado era el amor que sentía por él.

Revivían en sus encuentros la pasión enloquecida que les había devorado cuando se conocieron, recién salidos de la universidad. Volvían a descubrir los sabores de sus cuerpos y las extrañas geografías de sus sexos. Casi no hablaban, en un desaforado empeño por destejer el paño que habían ido componiendo en diez años de matrimonio, hasta dar con las hebras primitivas que él y ella habían hecho cruzarse por primera vez.

Las primeras Navidades que pasaron separados fueron debidas a que Natalia tenía demasiado trabajo precisamente en esas fechas y decidieron que no valía la pena que Miguel viajara para estar solo todo el día. Miguel fue a verla para Año Nuevo, pero Natalia seguía estando muy ocupada y Miguel pasó largas horas abandonado y aburrido en el apartamento de Natalia.

Al año siguiente, Natalia volvió a tener exceso de trabajo en Navidad y tampoco pudo volar a Madrid. Esta vez, Miguel ni siquiera se molestó en viajar, dada la experiencia del año anterior. Natalia pasó una de las peores temporadas de su vida. Echaba de menos a Miguel siempre, pero tener que pasar las Navidades lejos de él, le hacía sentirse doblemente sola.

Como ya llevaba tres años de corresponsal en Estados Unidos, Natalia se armó de valor, trabajó horas extras, regaló oídos, echó mano de favores y ayudantes, dejó material grabado de sobra y consiguió un hermoso regalo navideño: consiguió tres días libres en Madrid, el veinticuatro, el veinticinco y el veintiséis de diciembre.

Natalia se prometió que aquellas iban a ser las Navidades más felices de su vida. Cenaría con Miguel, comería con Miguel, dormiría con Miguel, haría el amor con Miguel... Tres días seguidos de Miguel eran una perspectiva enloquecedora para una mujer en su situación de urgente necesidad.

Su amor por Miguel había crecido en la distancia, hasta convertirse en una obsesión rayana en lo enfermizo. Por eso, Natalia miraba al asiento vacío que tenía a su lado en el avión y suspiraba pensando en Miguel, imaginándose ahí, casi viéndolo y sintiendo su calor.

Capítulo 2. Un encuentro de altos vuelos

– ¡Natalia! – un agudo grito de entonación amistosa y sorprendida despertó a Natalia de su ensoñación. Natalia miró a la mujer que le sonreía ampliamente y tardó un segundo en reconocerla. Era alta y delgada, muy delgada, más bien consumida por el hambre que pasaba voluntariamente para encajar en los cánones de belleza y en los vestidos caros que llevaba. Cuarentona, rubia de bote y que un lejano día fue guapa, pero que definitivamente ya no lo era porque había algo en su expresión que la volvía fría y artificial.

– ¡Rosa? – Natalia reaccionó enseguida, sonriendo a su vez.

– ¡Qué casualidad encontrarnos en un avión! ¡Hace por lo menos tres años que no te veía!

Rosa San Lázaro se abalanzó a darle a Natalia los dos besos de rigor.

– Bueno, te veo por la tele, pero nunca te veo cuando vienes a Madrid...

– Es que no vengo mucho, la verdad. Ya sabes lo esclavo que es este trabajo.

– ¡Ay, mujer, pero qué ilusión encontrarme contigo! ¿Te importa que me sienta un momento? No hay nadie aquí, ¿no? – dijo Rosa, señalando al asiento vacío donde Natalia imaginaba a Miguel.

Natalia titubeó un instante, confundida por ese marido fantasma que ella quería ver, pero su ilusión se desvaneció rápidamente bajo el peso de la realidad. Rosa ya estaba sentada en el asiento, inmediatamente después de preguntar si podía hacerlo.

– Bonitos zapatos – dijo irónicamente Rosa, señalando a los calcetines de lana gris que llevaba puestos Natalia, y que contrastaban con sus elegantes pantalones negros, su blusa blanca y su jersey verde oscuro, todo de primeras marcas.

– Sí – dijo Natalia entre carcajadas –, es que estos otros son muy monos pero demasiado incómodos para un vuelo transatlántico – añadió señalando a sus carísimos zapatos de diseño comprados en Nueva York.

– Ah, qué chulos – dijo Rosa con un gritito exagerado –. Son muy chulos, tía.

– Gracias, sabía que tú los ibas a apreciar – dijo Natalia guiñándole un ojo –. ¿Qué tal todo por tu programa? – Rosa San Lázaro era colaboradora de un programa del corazón, donde se dedicaba a despellejar famosos y no tan famosos. Además, era la esposa de un alto ejecutivo de la cadena.

– Ah, ya sabes, cotilleos, peleas, más cotilleos. Lo de siempre. Pero bueno, ¿tú qué? Volviendo a casa por Navidad, ¿no? ¡Qué ganas tendrás! ¿Qué tal está Miguel?

– Muy bien, gracias. Y yo deseando verlo, claro.

– Claro – las dos se rieron con grandes aspavientos –, yo es que vengo de unos días de compras por Nueva York. José Antonio está muy liado estos días, ya sabes, todos los programas especiales que hay que preparar para Navidad y fin de año... Y para estar en casa sin verle, aprovecho y me voy a Nueva York a comprar los regalos, que así no son los mismos que tiene todo Madrid, que luego da una rabia... Pero cuéntame, mujer, ¿qué tal te va por Washington?

– Pues muy bien, la verdad. Tengo el trabajo que siempre he querido y el marido que siempre he querido aún me espera en Madrid cuando vuelvo, así que no me puedo quejar, ¿no?

– No, la verdad que no... Tú y yo somos muy afortunadas. Y que dure. Otros no lo son tanto. Cuando pienso en toda esa gente que se va a ir a la calle, se me pone un nudo en la garganta – dijo Rosa con un gesto mortificado.

– ¿Que se van a ir a la calle, dónde?

– ¿No lo sabes? Espero no haber metido la pata... Pero no, José Antonio me dijo que ya era oficial. Van a despedir a un montón de gente en la cadena. No hay dinero para pagarles a todos.

– ¡No sabía nada!

– Supongo que os mandarán un comunicado o algo así después de Navidad. Tú tranquila, que no te afecta, ¿eh? El pobre José Antonio está hecho polvo, pero es lo que tiene ser directivo, a veces hay que hacer cosas desagradables. Oye, te tengo que dejar y volverme a mi asiento que ya parece que vamos a aterrizar. Ya sé que estarás muy ocupada con tu maridito pero si quieres pasarte por casa y hacernos una visita ya sabes que eres más que bienvenida, que desde que te fuiste a Washington estás desaparecida, guapa, y no te puedes olvidar así de tus amigos. Venga, un beso. ¡Y feliz Navidad!

Rosa volvió a darle a Natalia los dos besos al aire que correspondían, la sonrisa forzada que debía acompañarlos y el saludo con la mano que rubricaba toda su representación de cordialidad. Es verdad que hace mucho que no veía a Rosa, y cuando vivía en Madrid habían tenido mucho trato, a través de José Antonio principalmente. Las típicas amistades mitad trabajo mitad compromiso social que no había que descuidar si querías estar en el candelero. Pero amistad al fin y al cabo.

Natalia miró al asiento vacío, ahora deformado por el culo huesudo de Rosa. Así que había problemas en su cadena, compañeros de trabajo que iban a perderlo... pero estaba claro que eso a ella no le afectaba, de modo que respiró tranquila. Sentía una pena vaga, dispersa, por sus compañeros, pero tenía mucho más presente su inminente felicidad navideña con su marido que la difusa desgracia de los demás. Y su felicidad iba a ser rotunda y completa en unos instantes, cuando llegara a casa.

No quería que ningún otro pensamiento le distrajera de su obsesión: pasar la Navidad con Miguel. Venía cargada de regalos. Se las había ingeniado para terminar su trabajo antes de lo previsto, había grabado su tópica intervención navideña en el informativo, todos los años era la misma al fin y al cabo, había tomado al asalto los grandes almacenes y había dejado exhausta a su tarjeta de crédito para agasajar a Miguel. El regalo más especial: una botella de whisky escocés de su marca favorita, edición limitada, madurado por los años, como su amor.

Y ahora al fin, pletórica de espíritu navideño, estaba a punto de llegar por sorpresa a su casa, un poco antes de lo previsto y sorprender a su marido. Quería que el primer regalo de Miguel fuera despertar a su lado, amanecer entre sus brazos. Tenía tanto cariño que darle, tantos besos, tanto sexo... Tenía que disfrutar de su amor, el amor de su vida, aunque solo fueran tres días.

Por eso no había avisado a nadie, a ningún amigo (aunque ahora todos los de la tele lo sabrían, gracias a Rosa), ni siquiera a su familia, que vivía en Teruel, lo cual hubiera supuesto viajar de Madrid a Teruel, perder horas de estar con su marido y por lo tanto... Esto le producía algún vago remordimiento, pero es que, se justificaba, solo tenía tres días y se los quería dedicar por completo a Miguel.

El avión aterrizó ¡por fin! y Natalia guardó sus calcetines de lana gorda en su bolso, se puso sus zapatos de mujer rica y exitosa, que hacían juego con su abrigo también carísimo de otro diseñador americano y se dispuso a desembarcar.

Natalia volvió a coincidir con Rosa en la sala de recogida de equipaje.

– De verdad, no sabía nada de los despidos. Me has dejado preocupada, Rosa.

– Pero tú no te preocupes, en serio. Solo va a afectar a los departamentos que son deficitarios. Han hecho un estudio de viabilidad o algo así, y solo van a echar a la gente que no produce beneficios. Pero los informativos van bien y de Estados Unidos siempre hay que hablar, así que tú tranquilísima, por favor.

Las dos amigas volvieron a despedirse con más besos, abrazos, felicitaciones y ya con sus maletas y paquetes, innumerables en ambos casos.

Olvidándose por completo de los despidos, de sus remordimientos por no ir a ver a su familia y de todo lo que no fuera su Navidad con Miguel, Natalia no dejó de patear impientemente sobre el reluciente suelo de Barajas hasta que se apoderó de un taxi que le robó en sus propias narices a una anciana con muletas. Lo sentía, pero tenía que

aprovechar cada segundo de sus tres días de Navidad. Seguro que esa vieja no tenía tanta prisa por llegar a casa como ella.

El taxi la condujo por las silentes calles madrileñas, brillantes de luces de colores en la agonizante madrugada. Cada vez que pasaban por debajo de una guirnalda, Natalia volvía su cabeza hacia atrás, como una niña gazmoña. En la radio sonó un villancico. Le puso la carne de gallina. Aquel recién nacido veinticuatro de diciembre se sentía totalmente ilusionada y llena de espíritu navideño. Enfundada en su abrigo comprado en una de las mejores boutiques de Nueva York, era la imagen misma del triunfo. Solo le faltaba tener a su príncipe a su lado.

Avanzando por Avenida de América, pasó por delante de casa de su mejor amiga, Verónica. Se sintió un poco traidora por no avisarle de que venía a Madrid, pero lo justificó: no tenía tiempo más que para pasarlo con Miguel. Ella en su lugar lo hubiera entendido. Así que se encogió de hombros, descartó los remordimientos y siguió pensando únicamente en su amor y en su propia felicidad.

Capítulo 3. Una sorpresa matrimonial

Aún apenas había amanecido el día más corto del año cuando Natalia se vio frente a la puerta de su piso, rodeada de maletas y regalos. Se anticipó e imaginó que entraba con sigilo en la casa, apartando cuidadosamente las sábanas de su cama, acostándose más lenta que un camaleón junto a la tibia espalda de Miguel, suspirando en su oído dorado.

Abrió la puerta con sumo cuidado, sin hacer ruido, sin quitarse el abrigo. Dejó las maletas y los regalos sobre el suelo del recibidor. Guardó las llaves en el bolsillo del abrigo, para no hacer ruido, se quitó los zapatos y avanzó lentamente por el pasillo. En una mano, llevaba sus lujosos zapatos y en la otra, la botella de whisky con la que quería sorprender a su marido. Dobló la esquina, y llegó hasta la puerta entornada de su dormitorio. Con deleite masoquista, se demoró empujándola levemente, como si la acariciara. Y lo vio.

Estaba tendido boca arriba en la cama, dormido como un pastorcillo navideño después de guardar su rebaño, más apetitoso que el dulce navideño más dorado e irresistible. Respiraba con la ternura de un cachorro, entreabiertos sus labios carnosos y apetecibles. Sus pestañas caían confiadas, su expresión era de absoluta y serena felicidad, su pelo castaño rojizo se desmadejaba con más gracia que cualquier peinado. Su piel dorada palpitaba, llena de vida y calor.

Natalia guió sus ojos hasta su pecho fuerte, poderoso, carnoso, que subía y bajaba pacíficamente. Suspiró contemplando los pectorales de Miguel, pero el suspiro se le envenenó en la boca cuando se dio cuenta de que sobre el pecho de su marido había algo que no debería estar ahí: un brazo de mujer.

El leve antebrazo de otra hembra descansaba, posesivo, calmado, sobre el pecho del hombre que ella amaba, el hombre que se había convertido en su única razón para seguir viva. No pudo reprimir un gruñido angustiado, profundo, roto. La botella de whisky escocés resbaló de su mano y cayó al suelo, estallando y rompiéndose en mil pedazos.

Miguel despertó. Abrió sus ojos color canela y la vio, petrificada, a punto de quebrarse en mil pedazos como la botella. Natalia echó a correr, descalza, hacia la puerta de la calle. Miguel saltó de la cama, desnudo, y la persiguió a grandes zancadas, llamándola por su nombre, suplicante. Cuando Natalia estaba a punto de llegar a la puerta, la alcanzó, la agarró del brazo y la acorraló contra la pared.

– Natalia, perdóname, escúchame...

Natalia se miró en el brillo culpable de los ojos de Miguel. Llena de odio, de asco, de estupor, se zafó de los fuertes brazos de Miguel, abrió la puerta y echó a correr, descalza, escaleras abajo. En la mano izquierda llevaba los zapatos que se había quitado para sorprender a su marido. Cuando se dio cuenta de aquel detalle que le revelaba su propia estupidez le dolió más todavía la traición de Miguel.

Miguel se puso lo primero que encontró en el vestíbulo de su casa: el pantalón que se había desabrochado rápidamente en el calentón de aquella noche, los zapatos y un abrigo que había colgado en el perchero, y salió corriendo detrás de Natalia.

Cuando Natalia escuchó las zancadas apresuradas de Miguel bajando por las escaleras, se puso como pudo sus zapatos caros y comenzó a correr hacia el portal. No quería hablar con él, no quería verlo, no quería ni que existiera si eso hubiera sido posible. Solamente necesitaba escapar de él.

Natalia salió a la calle corriendo, avanzó unos metros sin mirar atrás y cogió un taxi de los muchos que pasaban atareados como abejas por la calle Goya, justo en el momento en que Miguel llegaba hasta ella y casi la rozaba con los dedos.

– ¡A la Puerta del Sol! – dijo atropelladamente Natalia, sin pensar más que en escapar de Miguel.

El taxi arrancó antes de que Miguel pudiera abrir la puerta y colarse dentro, pero Natalia pudo oír su grito a través de los cristales del coche.

– ¡Natalia, por favor!

Pero Natalia no volvió la vista atrás.

Madrid amanecía, orfeón de motores, cotorreos y pasos presurosos. Miles de alientos como chimeneas dejaban su rastro en el aire helado de la mañana, mientras hacían sus compras sin medida, gastando dinero como si les sobrara, imbuidos del espíritu de la fiesta. Casi se podía oír el eco de la frase más repetida durante todo el día: “feliz Navidad”. Es lo que dijo el taxista a Natalia justo después de arrancar y dejar atrás a Miguel:

– Feliz Navidad...

Pero Natalia no pudo contestar, solo pudo romper a llorar como una niña. Una niña que ya no se giraba para mirar las luces de Navidad, que ya no sentía ninguna ilusión ni felicidad. La Navidad que antes le ilusionaba ahora se le aparecía tan odiosa como su propia vida miserable.

Se suponía que aquellas eran las fechas del amor y de la felicidad. Pero los que no tenían ni lo uno ni lo otro eran mucho más dolorosamente conscientes de su sufrimiento que en cualquier otra época del año. Natalia sabía cómo era la felicidad en Nochebuena, con su amor, con sus regalos, con el calor de un hogar confortable: felicidad inmensa. Ahora empezaba a comprender cómo era el sufrimiento de aquellas fiestas cuando no tenías nada.

¿Cómo podía haberle hecho esa guarrada? Natalia era incapaz de reaccionar. El centro de su universo ya no era válido, ya no servía como referencia. Era mentira. Y Natalia no tenía ningún mensajero al que asesinar. Ella había sido la propia descubridora de su mal. No sabía qué iba a hacer esa Navidad, ahora que todos sus planes habían saltado por los aires, pero solo tenía clara una cosa. No quería ver a Miguel nunca más. Nunca, al menos en esos tres días. No se lo podía permitir.

El móvil de Natalia comenzó a sonar. Natalia lo sacó del bolso y vio la foto de Miguel en la pantalla, sonriéndole.

– ¡Cabronazo! – murmuró, y rechazó la llamada.

Ver la cara sonriente de Miguel en el móvil, sonriente como si no hubiera pasado nada, le cortó en seco el llanto y encendió su indignación y un ramillete diverso de otros sentimientos encontrados.

¿Qué iba a hacer ahora con sus tres días de Navidad? Y lo peor, ¿qué iba a hacer ahora con su vida? ¿Divorciarse y comenzar desde cero en Estados Unidos? ¿Perdonarle y volver a España? No, eso sí que no. Estaba dolida, confundida, totalmente fuera de sí, pero tenía muy claro que el amor que sentía por Miguel se había transformado repentinamente en un odio más sólido que el mármol.

El taxista interrumpió sus divagaciones. Ya habían llegado a la Puerta del Sol. Sin pensar en qué hacía, maquinalmente, Natalia le pagó la carrera y se bajó en el centro de Madrid, entre la riada humana que invadía la plaza, llena de bolsas y espíritu navideño, casi embistiendo, indiferente, a la frágil Natalia. Reprimiendo el llanto y la rabia, Natalia miró a su alrededor y vio los cientos de caras ceñudas, agobiadas por los preparativos y también vio las caras festivas, relajadas, tocadas con ridículos gorros y pelucas, y se sintió ahogada en un mar navideño, hostil y tormentoso.

La realidad pronto vino a sacarla de su ensimismamiento. De otro taxi que llegó cinco segundos después de que ella se bajara del suyo, salió corriendo un desencajado Miguel que le clavó su mirada suplicante, preocupada y más atractiva que nunca. Natalia esquivó esa mirada, esa mirada que la volvía loca antes y ahora, solo que ahora no podía soportarla, y echó a correr hacia la calle Preciados.

Atravesó los ríos de gente apresurada, chocando con todos, enloquecida, sabiendo que Miguel la perseguía, tan solo unos pasos detrás de ella. Nadie parecía reconocerla, nadie veía en su cara descompuesta ese rostro impasible que daba noticias desde Washington. En aquel momento era simplemente una mujer anónima que corría, desesperada, entre la multitud.

La horda feliz de la Navidad la asfixiaba, la anegaba. Era en aquel lugar fatídico donde el brillo más cegador de la Navidad se concentraba. Los relucientes escaparates, hipnóticos, hechiceros, las brillantes estrellas de celofán, oro, cristal, brillantina, y la gente, hirviendo, pululando como autómatas, comprando, gastando, agobiados bajo el peso de la feliz Navidad.

Aunque corría despavorida, desesperada, nadie la miraba ni se conmovía ni se preguntaba por qué huía de aquel hombre. Como mucho, se apartaban para abrirle paso. No era asunto suyo. Cada palo, que aguante su vela, y cada mochuelo, a su olivo. Estar solo el corazón mismo de una gran ciudad era como estar solo en medio de un gran desierto, pensó.

Después de avanzar por entre el gentío durante un tiempo que se le hizo interminable e internarse por las calles que rodean como una colmena a la calle Preciados, llegó hasta un rincón más tranquilo, menos atestado de gente, y se atrevió a mirar atrás. Lo había conseguido: Miguel ya no estaba ahí.